

LA EDUCACIÓN PRÁCTICA DEL PENSAR

GA-108

Conferencia impartida en Karlsruhe, Alemania el 18 de enero de 1909 por Rudolf Steiner

(Este extracto ha sido traducido a muchos idiomas en innumerables ediciones. Contiene indicaciones claras para mejorar la memoria, los hábitos del pensar y la capacidad de concentración.)

Aunque han transcurrido cien años desde que Rudolf Steiner pronunció esta conferencia para un grupo de amigos en Karlsruhe, los ejercicios aquí presentados para mejorar nuestra memoria, observación, hábitos de pensar y capacidad de concentración, siguen siendo tan válidos ahora como cuando fueron inicialmente impartidos.

Una vez más, Rudolf Steiner nos muestra como se pueden unir las esferas física y espiritual a través de la experiencia del pensar. A menudo recalca que el entrenamiento metódico del pensar, capaz de aprehender y unir las realidades física y espiritual, es la base necesaria para la ciencia espiritual conocida como Antroposofía.

La educación práctica del pensar

Las personas que se llaman prácticas se imaginan que obran a tono con los más prácticos principios; sin embargo, al examinar las cosas más de cerca, se notará muy a menudo que el llamado "pensar práctico" no es del todo un pensar sino simplemente un seguir con opiniones inculcadas y hábitos del pensar. Si observamos, con objetividad absoluta el pensar de los llamados "prácticos" y examinamos lo que suele llamarse "pensamiento práctico", hemos de reconocer que tras ello, a menudo hay muy poca práctica genuina. Lo que llaman pensar práctico consiste en seguir el ejemplo de algún maestro cuyas ideas se aceptan como la norma a seguir. Aquellos que piensen de otro modo son considerados imprácticos, porque su pensar no coincide con las ideas tradicionales.

Cada vez que se ha inventado alguna cosa realmente práctica, lo ha sido por una persona sin conocimientos prácticos del tema. Tomemos como ejemplo el sello de correos: sería fácil creer que lo inventó alguien del servicio postal con mucha experiencia práctica; mas no es así. Todavía a principios del siglo XIX, el envío de una carta era asunto muy complicado: era necesario dirigirse a la oficina respectiva, allí se consultaban varios libros y el procedimiento implicaba buen número de formalidades. Las tarifas postales unificadas actuales, apenas se introdujeron hacia mediados del siglo XIX. Y el sello postal al que debemos esta comodidad no es la invención de alguien del servicio postal sino de un hombre ajeno al correo, el inglés Hill. Después de inventado, el ministro bajo cuya jurisdicción se hallaba el servicio postal, dijo en el Parlamento inglés: "en primer lugar, no es de suponer que esta simplificación en realidad signifique mayor volumen de correspondencia, como lo pinta ese impráctico Mr. Hill, y en segundo lugar, aún suponiendo que así fuera, el edificio de correos de Londres no sería suficiente para manejar tanto correo.

Ni por asomo se le ocurrió a aquel "gran práctico", que el edificio de correos tuviese que adaptarse al servicio y no el servicio al edificio. No obstante, en un lapso de tiempo cortísimo logró imponerse lo que en aquel entonces hubo de ser defendido por un "impráctico" contra un "práctico" y hoy nos resulta lo más natural que la carta se envíe con su sello.

Otro tanto puede decirse del ferrocarril; cuando en 1835, se iba a construir el primer ferrocarril alemán de Nüremberg a Furth, el colegio Médico de Baviera, consultado al respecto, emitió su opinión en el sentido de que no era aconsejable la construcción de ferrocarriles: pero que si a pesar de todo, se consideraba hacerlo, sería necesario levantar en ambos lados de la vía, tapias altas de tablas, para que los transeúntes no sufrieran conmociones nerviosas o cerebrales.

Al proyectar la línea férrea de Potsdam a Berlín, el intendente general de correos alegó: cada día mando dos diligencias a Potsdam y no se llenan. ¡Si la gente quiere tirar su dinero por la ventana, puede hacerlo sin necesidad de que se construya un ferrocarril!

Pero los hechos reales de la vida siempre dejan a un lado a los que se creen "prácticos" sin serlo. Hay que distinguir claramente entre el pensar genuino y el llamado "pensar práctico" que no es sino un juzgar según hábitos mentales tradicionales.

Como punto de partida de nuestras reflexiones, quisiera narrarles una pequeña experiencia que tuve hace tiempo. En mis años de estudiante, vino a verme un día un joven compañero, lleno de esa alegría que se observa justamente en personas que han tenido una idea muy brillante, y me dijo: "Voy a visitar al profesor X (que tenía a su cargo la cátedra de construcción de máquinas), pues acabo de hacer una invención magnífica; he inventado una máquina de vapor que produce una cantidad inmensa de trabajo, mediante el uso de un mínimo de energía". No pudo decirme más, ya que tenía mucha prisa por ver al profesor. Pero como no le encontrara, regresó para exponerme su teoría.

Toda la narración me había hecho pensar, desde un principio, en el movimiento continuo (Perpetuum mobile); pero en fin, ¿porqué tal cosa habría de ser del todo imposible? Mas, después de que él terminó, tuve que decirle: "Todo está ideado con mucha sagacidad, pero en la práctica es algo comparable a esto: que una persona suba a un vagón de ferrocarril, que lo empuje fuertemente y espere luego que el carro se mueva. Tal es la lógica del pensar en tu invento". Se convenció por fin y no fue a visitar al profesor.

Así puede uno aislarse encerrándose, por decirlo así, dentro de su pensar. En casos muy peculiares, este proceso se muestra claramente; pero en la vida son muchas las personas que se enjaulan de esta manera, sin que sea tan obvio como en nuestro ejemplo. Quien cala más hondo, sabe que gran número de operaciones mentales pueden compararse al caso mencionado. Ve, por decirlo así, a las personas en el vagón, empujando desde dentro y creyendo que son ellas las que lo mueven. Mucho de lo que acontece en la vida sucedería de un modo muy distinto, si los hombres dejaran de pretender empujar el vagón desde dentro.

La práctica genuina del pensar presupone la adquisición de la justa actitud y el justo sentimiento frente al pensar. ¿Cómo puede adquirirse? No lo tendrá quien crea que el pensar es algo que sólo tiene lugar dentro del hombre, en su cabeza o en su alma. Al que tenga esa idea, un falso sentimiento lo desviará continuamente en su búsqueda de los hábitos de pensar adecuados y de exigir lo adecuado a su pensar. Quien quiera adquirir una postura acertada frente al pensar, deberá decirse: si consigo formular pensamientos respecto a las cosas y aprender a comprenderlos mediante mi pensar, entonces esos pensamientos han de estar contenidos en ellas primero; su estructura ha de obedecer a pensamientos. Y es por eso por lo que entonces podré extraer de las cosas los pensamientos.

Hemos de imaginar que con las cosas del mundo sucede como con un reloj. A menudo se recurre a la comparación del organismo humano con un reloj, si bien olvidando lo más importante: la existencia del relojero. Hay que tener en cuenta que los engranajes no se ensamblaron por sí mismos, sino que hubo un relojero que construyó el reloj. ¡Nunca olvidar al relojero! El reloj se hizo realidad gracias a los pensamientos que en él confluyeron, que confluyeron en la cosa.

De este mismo modo, ha de concebirse toda obra o fenómeno de la naturaleza. Fácil es visualizar este hecho en lo que corresponde a la obra humana; no así en las obras de la naturaleza; no obstante, también éstas corresponden a actividades espirituales que emanan de entidades espirituales. Por tanto. Cuando el hombre piensa en estas cosas, simplemente re-piensa lo que ya existe en ellas. Creer que el mundo ha sido construido por el pensamiento y que sigue siendo creado incesantemente de esta manera, es la única creencia que puede hacer fructífera la práctica interna del pensar.

La incredulidad frente a lo espiritual que opera en el mundo, es lo que lleva a la peor forma de pensar, incluso en el campo de las ciencias. Por ejemplo, la teoría de que nuestro sistema planetario surgió a base de una nebulosa primitiva que empezó a girar, que se densificó y que de ella se separaron anillos y esferas, y que así nació mecánicamente todo el sistema solar. El que propone esta teoría está cometiendo un grave error de pensamiento

Esta teoría de intenta demostrar en las escuelas mediante un sencillo experimento: una gota de aceite se pone en un vaso de agua, se la perfora con un alfiler y se hace girar todo el conjunto. De la gota se

separan gotitas y así se tiene un sistema planetario en miniatura y se ha demostrado al alumno (al menos así lo cree el maestro) que ese sistema planetario puede aparecer de manera puramente mecánica.

Sólo un pensar impráctico puede sacar tales deducciones de este sencillo experimento, pues el que lo aplica al cosmos olvida algo que en otros casos acaso convenga olvidar: se olvida de sí mismo. Olvida que él mismo puso en rotación todo ese diminuto sistema y que sin su intervención, la gota de aceite nunca se hubiera disociado en gotitas. Sólo si el hombre tiene en cuenta también este detalle y lo aplica al sistema solar, habría usado una forma de pensar totalmente sana. Tales errores cognitivos desempeñan en nuestros tiempos un papel preponderante, sobre todo en la ciencia; y esto es mucho más importante de lo que comúnmente se cree.

Si se quiere hablar de genuina práctica cognitiva, hay que reconocer que sólo pueden extraerse pensamientos de un mundo que ya los contenga en su interior. Así como sólo se puede sacar agua de un vaso que realmente la tenga, así los pensamientos sólo pueden extraerse de las cosas que ya los posean. El mundo está construido por pensamientos, y es por esto, sólo por esto, que nos es posible extraer de él los pensamientos. Si no fuera así, no podría darse el pensar práctico. Si el hombre siente lo dicho en todo su alcance, si tiene la confianza plena de que hay ocultos pensamientos en las cosas que le rodean y que los hechos reales de la vida transcurren con arreglo a pensamientos, fácil le será elevarse por encima de todo pensar abstracto; fácil le será lograr una práctica del pensar basado en la realidad y en la verdad.

Procedamos ahora a exponer algo de la práctica del pensar, de importancia particular para quienes se mueven en el campo de las ideas antroposóficas. El que esté compenetrado de la idea de que el mundo de los hechos nace de los pensamientos, apreciará la importancia de cultivar un pensar correcto.

Supongamos que una persona dice: quiero fecundar mi pensar de tal manera que siempre pueda orientarme correctamente en la vida. Esa persona tendrá que seguir las reglas que se exponen a continuación y comprender que se trata de principios reales, prácticos y fundamentales. Si insiste en afinar su pensar de acuerdo a estas reglas, obtendrá ciertos efectos: su pensar se volverá práctico aunque al principio no lo parezca. Además, aplicando tales reglas, se presentarán al pensar aún otras experiencias muy diferentes.

Supongamos que alguien intenta el siguiente experimento: observa con la mayor precisión algo del mundo exterior que le sea accesible con mucha precisión, los estados atmosféricos, por ejemplo. Observa las nubes, el aspecto del sol al ponerse, etc. y graba en su memoria con toda exactitud la imagen de lo observado; trata de retener todos los detalles de este cuadro durante cierto lapso de tiempo; graba en su mente esta imagen y se esfuerza en conservarla hasta el día siguiente. Al siguiente día, vuelve a observar las condiciones atmosféricas, y trata nuevamente de captar una imagen exacta de las mismas.

Si uno forma de esta manera la secuencia exacta de imágenes de las condiciones atmosféricas, comprobará con certeza que su pensar va enriqueciéndose y que se intensifica. Lo que hace impráctico el pensar es la tendencia a ignorar los detalles cuando se observa una secuencia de hechos en el mundo, reteniendo solo una impresión vaga y general. Lo que es valioso, lo que es esencial y fructifica el pensar, es precisamente esa capacidad de formar imágenes exactas, especialmente de eventos sucesivos, de modo que uno pueda decir: "Ayer era de aquella manera y hoy es de esta otra". Hay que crear de la forma más gráfica posible, una imagen interna de las dos escenas yuxtapuestas, que en el mundo externo están inconexas.

Esto es, por así decir, una expresión de confianza en que los pensamientos existen inmanentes en la realidad. No sería oportuno que la persona que está haciendo el experimento saque conclusiones inmediatamente o que deduzca de las observaciones de hoy el tiempo que hará mañana; eso corrompería su pensar. En su lugar, debe confiadamente pensar que las cosas de la realidad exterior están decididamente relacionadas unas con otras y que los sucesos de mañana están de alguna forma relacionados con los sucesos de hoy. Pero no se debe especular con estas cosas. Primero debe internamente re-pensar la secuencia de sucesos externos tan exactamente como pueda en forma de imágenes mentales y después dejar que esas imágenes se fundan entre sí. Esta es una regla definitiva del

pensar, para ser seguida por todo el que quiere desarrollar el pensar objetivo. Es muy aconsejable que esta regla se practique con cosas que aún no se comprenden y cuya conexión interna aún no se haya descubierto.

Por lo tanto, frente a los procesos que aún no son comprensibles (por ejemplo, las condiciones atmosféricas), y que están conectados entre sí en la realidad exterior, hay que tener la confianza de que dichos eventos crearán conexiones dentro de nosotros. Esto debe ponerse en práctica sólo en imágenes, absteniéndose de pensar. Deberá uno decirse: “aún no conozco la relación, pero dejaré que esas cosas tomen forma dentro de mí y si me abstengo de toda especulación, producirán algo dentro de mí”. Es comprensible que al formarse unas imágenes exactas de los sucesos secuenciales y abstenerse de todo pensar, puede ocurrir algo en los miembros de la entidad humana.

El hombre posee su cuerpo astral como vehículo de su vida del pensar. Mientras el hombre especule, este cuerpo astral permanecerá esclavo del Yo. Sin embargo, esta actividad no ocupa exclusivamente el cuerpo astral, sino que está también en relación con todo el cosmos.

Ahora bien, en la misma medida en que impidamos que la arbitrariedad impere en nuestro pensar, y nos concretemos a formar imágenes de los sucesos consecutivos, actuarán en nosotros los pensamientos implícitos en el mundo, y se grabarán en nuestro cuerpo astral sin que nos demos cuenta. En la medida que nos insertemos en la marcha del mundo, mediante la observación de los sucesos y recibamos estas imágenes en nuestros pensamientos con la mayor claridad posible, del mismo modo aquellos miembros de nuestro organismo de los cuales no somos conscientes, se irán volviendo cada vez más inteligentes. En el caso de eventos que conectamos en nuestro interior, si hemos adquirido la capacidad de dejar que cada nueva imagen se funda con la anterior, igual a como la transición ocurrió en la naturaleza, descubriremos después de un tiempo que nuestro pensar se ha hecho considerablemente más flexible.

Así es como hemos de proceder frente a cosas que aún no comprendemos. Respecto a las cosas que ya comprendemos (por ej. los sucesos de la vida cotidiana), habremos de adoptar otra actitud.

Supongamos que alguien, nuestro vecino por ejemplo, ha hecho esto o aquello. Reflexionamos: ¿Por qué lo hizo? Nos imaginamos que quizá lo hizo como preparativo de algo que piensa hacer mañana. No diremos más, si no que nos figuraremos en detalle lo que ha hecho y trataremos de formarnos una imagen de lo que hará mañana. Después esperamos hasta el día siguiente y veremos si realmente hace lo que nos habíamos figurado o hace otra cosa distinta. Observaremos lo que suceda y corregiremos nuestros pensamientos de acuerdo con lo observado. O sea, buscamos sucesos en el presente, los seguimos en nuestros pensamientos hacia el futuro, y esperamos a ver lo que acontezca.

Este procedimiento, podemos aplicarlo a acciones humanas al igual que a otras cosas. En el caso de cosas que comprendemos, tratamos de formarnos un cuadro de lo que según nuestro parecer, habrá de suceder. Si lo esperado se cumple, nuestro pensar habrá sido acertado y así estará bien. Si pasa algo que no es lo esperado, intentaremos descubrir en qué consistió nuestro error, tratando así de corregir nuestros pensamientos erróneos mediante una observación y un examen desapasionado de la causa del error y de los motivos para que sucediera lo acontecido. En el caso de que hayamos acertado con nuestra previsión, hemos de poner especial cuidado en no jactarnos de nuestra capacidad y decir: “bueno, yo ya sabía lo que iba a pasar”.

Esta es una regla basada en la confianza de que hay una necesidad implícita en las cosas y los sucesos, de que en los hechos mismos late la fuerza propulsora de las cosas. Lo que se mueve dentro de las cosas desde un día al siguiente, son fuerzas de pensamiento y gradualmente adquirimos conciencia de tales fuerzas cuando nos implicamos en las cosas. Mediante dichos ejercicios esas fuerzas del pensar son elevadas a nuestra conciencia y cuando se cumplen nuestras predicciones, estamos en sintonía con ellas. Hemos establecido entonces una relación interna con la verdadera actividad pensante de la cosa misma. Así nos entrenamos no a pensar arbitrariamente, sino en concordancia con la necesidad inherente y la naturaleza interna de las cosas mismas

Pero nuestro pensar puede ser entrenado también en otras direcciones. Un acontecimiento de hoy

guarda relación también con lo sucedido ayer. Por ejemplo, un muchacho se portó mal, ¿Cuáles podrán ser las causas? Retrocedemos de los sucesos de hoy a los de ayer, y reconstruimos las causas que no conocemos. Nos decimos: creo que lo que sucedió hoy, se preparó ayer o anteayer por esto o aquello.

Después, nos informaremos de lo que realmente pasó, y así reconoceremos si nuestro pensar fue o no acertado. Si acertamos con la causa correcta, bien está; en cambio, si resulta que nuestra representación fue errónea, tratemos de determinar claramente los errores y de indagar cómo se desarrolló nuestro proceso de pensar y cómo transcurrió en la realidad.

Lo que importa es que practiquemos estos principios. Hemos de tomarnos el tiempo de considerar las cosas como si estuviésemos con nuestro pensar dentro de ellas, que nos sumerjamos en las cosas y penetremos en su actividad pensante. Si hacemos esto, notaremos poco a poco que nos identificamos por decirlo así, con las cosas. Ya no sentimos que ellas están fuera y nosotros aquí, dentro de nuestra concha pensando en ellas. Experimentaremos, por el contrario, un sentimiento como si nuestro pensar tuviera lugar dentro de las cosas mismas. Quien alcance esto en un alto grado, alcanzará la claridad sobre muchos interrogantes.

Goethe fue uno de esos hombres. Era un pensador que siempre vivía con su pensamiento dentro de las cosas. El psicólogo Hainroth dijo en su libro "Anthropologie" (1526) que el pensar goetheano era un pensar "objetivo", y el mismo Goethe se mostró complacido con este término. Eso significa que ese tipo de pensar no se separa de las cosas, sino que permanece dentro de ellas. Se mueve dentro de la necesidad de las cosas. El pensar de Goethe era al mismo tiempo percepción y su percepción era pensar. Él había desarrollado este tipo de pensar hasta un elevado nivel. Mas de una vez ocurrió, cuando planeaba hacer algo, que se acercaba a la ventana y comentaba a la persona que estuviera con él: "dentro de tres horas tendremos lluvia" y así ocurría. A partir del pequeño trozo de cielo que podía divisar desde su ventana, era capaz de predecir las condiciones atmosféricas de las próximas horas. Su auténtico pensar, permaneciendo dentro de los objetos, le permitía adivinar el evento venidero, que ya se estaba preparando en el evento precedente.

En verdad, mediante el pensar práctico se puede lograr mucho más de lo que comúnmente se supone. El que adopte las mencionadas reglas para el pensar, comprobará que éste se torna notoriamente práctico, que su horizonte se amplía, y que las cosas del mundo se captan de una manera distinta. Poco a poco, el hombre adopta una actitud completamente nueva frente a las cosas y las personas. Es un proceso real que se desarrolla en él y que transforma su conducta. Es de enorme importancia que el hombre trate realmente, mediante su pensar, de identificarse con las cosas conforme hemos descrito, puesto que la ejecución de tales ejercicios para el entrenamiento del pensar es una actividad eminentemente práctica.

Hay otro ejercicio que debieran ante todo practicar las personas a quienes no se les ocurre lo adecuado en el momento oportuno.

Tales personas tendrían sobre todo que evitar el abandonarse en cada momento a lo que el flujo del mundo trae consigo accidentalmente, a la cautivación de las cosas. Comúnmente, el hombre, al brindársele alguna oportunidad para recostarse a descansar durante media hora, suele dar rienda suelta a sus pensamientos que vagan entonces en mil direcciones distintas, o por el contrario puede quedar absorbido por una preocupación que tenga en su vida diaria. Antes de que se de cuenta, tales cosas habrán invadido su conciencia y absorberán completamente su atención. Si este hábito persiste, dicha persona nunca sabrá lo que es tener la idea adecuada en el momento adecuado.

Para lograrlo, tendrá que actuar en la siguiente forma: cada vez que tenga media hora para descansar, se dirá a sí mismo: "Reflexionaré ahora sobre algo que yo mismo escoja, que yo mismo introduzca intencionalmente en mi conciencia. Hoy, por ejemplo, reflexionaré sobre lo que me sucedió en un paseo hace dos años: introduciré intencionalmente en mi pensar mis vivencias de aquel momento, y reflexionaré sobre ellas, aunque sólo sea por cinco minutos. Excluiré de mi mente todo lo demás durante esos cinco minutos y seré yo quien escoja el tema de mi reflexión".

No es necesario siquiera que la elección sea tan complicada como en el caso antedicho. Lo que

importa no es modificar el proceso del pensar, haciendo ejercicios difíciles, sino alejar de nuestro pensar la rutina diaria. Al que no se le ocurra nada en que pensar, puede abrir un libro por cualquier página y ocupar sus pensamientos con lo primero que lean sus ojos. O puede también elegir pensar en algo que vio esa mañana cuando iba a su trabajo y que en otras circunstancias ni siquiera se habría fijado. Lo importante es que sea algo totalmente distinto del curso ordinario del día, algo sobre lo que, de otra forma, no se habría reflexionado.

Si tales ejercicios se repiten sistemáticamente se comprobará que las ideas nos llegan en el momento adecuado y que los pensamientos correctos ocurren cuando es necesario. Por medio de estos ejercicios, el pensar se activa el pensar y su movilidad, algo que es de una inmensa importancia en la vida práctica.

Consideremos otro ejercicio que es especialmente útil para mejorar la propia memoria.

Comiencese por recordar un acontecimiento cualquiera, digamos de ayer, en la forma burda de nuestros recuerdos rutinarios. Por lo común, tales recuerdos son indistintos y descoloridos y la mayoría de la gente se contenta con recordar el nombre de alguien. Pero si deseamos desarrollar nuestra memoria, ya no podemos conformarnos simplemente con eso. El siguiente ejercicio ha de ser practicado sistemáticamente, diciéndose a uno mismo: "Recordaré con precisión a la persona que vi ayer, así como el lugar de la calle en que lo vi y todo lo había alrededor. Formaré toda la imagen tan exacta como me sea posible; incluso imaginaré el color de su ropa". La mayoría de la gente descubrirán que les es imposible lograr esto y se darán cuenta de lo mucho que falta en sus recuerdos para que se formen imágenes vivas y gráficas de lo que vieron y experimentaron ayer mismo.

Hemos de tomar como punto de partida los casos, que son la gran mayoría, en que la gente no es capaz de evocar en su memoria lo que ha experimentado ayer. En verdad, la observación humana es sumamente inexacta. El experimento de un profesor universitario con sus alumnos ha mostrado que sólo dos de los treinta presentes, habían observado bien determinada escena; los restantes veintiocho la habían observado mal. Ahora bien, la buena memoria es el fruto de la observación fiel. Para desarrollarla es por lo tanto necesario observar exactamente. También se puede decir que de cierta manera, el alma nace como fruto de la observación exacta.

Pero si uno no consigue de entrada recordar sus experiencias de ayer ¿Qué puede hacer?. En primer lugar debería intentar recordar tan exactamente como pueda lo que ocurrió ayer: En las partes en que lo recuerdos fallen, deberá rellenar la imagen con algo inexacto, que realmente no ocurrió. El punto esencial es que la imagen sea completa. Supongamos que se ha olvidado si alguien llevaba o no una chaqueta negra o marrón. Podríamos visualizarlo con chaqueta marrón y pantalón marrón y con tales botones en su chaleco y con una corbata amarilla. Podríamos también imaginar una situación general en la cual había una pared amarilla, un hombre alto que pasaba por la izquierda y uno bajito por la derecha, etc.

Lo que se recuerda se pone en el cuadro, y sólo aquello que no se recuerde se completará, para obtener un cuadro mental íntegro. Es cierto que así la imagen será inexacta, pero por el esfuerzo de llegar a un cuadro completo, nos veremos estimulados para observar en adelante con mayor exactitud. Y hemos de continuar la práctica de tales ejercicios. Aunque hayamos fallado cincuenta veces, a la quincuagésimo-primer vez sabremos con toda exactitud el aspecto de la persona, qué traje vestía; incluso detalles como los botones del chaleco. No escapará ya nada a nuestra observación y todo detalle se grabará en nuestra memoria. Así habremos empezado a afinar nuestra capacidad de observación mediante los ejercicios y además, como fruto de esta observación exacta, habremos mejorado nuestra memoria.

Particularmente debe cuidarse que no sólo se retengan el nombre y algunos rasgos generales de la cosa o persona por recordar, sino esforzarse por conservar una representación pictórica que abarque todos los detalles, y si algún detalle escapa a la memoria, intentar completar el cuadro, para lograr la unidad del conjunto. Entonces se notará que la memoria se vuelve cada vez más fiable. Se ve así definido el camino para lograr que nuestro pensar sea cada vez más práctico.

Muy importante es también lo siguiente: al comenzar las reflexiones, la persona siente cierta ansia de llegar a un resultado; medita cómo tiene que acometer esto o aquello y llegar a este o aquel resultado.

Es un deseo muy comprensible, mas no conduce al pensar práctico. El pensar impaciente y agobiado no nos hace avanzar, sino todo lo contrario. Es muy importante tener paciencia.

Por ejemplo: al tener que ejecutar algún trabajo para cuya elaboración se ofrecen varios métodos, hay que tener la paciencia de figurarse que sucedería al ejecutarlo de una manera, e imaginarse cómo se vería según la otra. Claro que siempre existirán motivos para inclinarse por uno u otro camino, mas por el momento hay que abstenerse de tomar una resolución. Hay que esforzarse en imaginar las dos posibilidades y decirse luego: "Ya vale por ahora. Dejo de reflexionar sobre el asunto". Habrá personas que, con ello, se pondrán nerviosas y les será difícil dominar su desasosiego. Mas es enormemente útil superarlo y decirse: "Se puede hacer de esta manera y se puede hacer de aquella, pero me abstengo de pensar en esto durante cierto tiempo".

Postpóngase la acción hasta el otro día si se puede, y considérense de nuevo las dos posibilidades. Se comprobará que las cosas habrán cambiado entretanto, y que la decisión se tomará de un modo distinto o, al menos, con mejor fundamento que si la hubiéramos tomado el día anterior. En las cosas late una necesidad inmanente, y si no actuamos por impaciencia y capricho, sino que dejamos que esa necesidad inmanente opere en nosotros --y lo hará--, habrá enriquecido nuestro pensar y nos facilitará tomar una decisión mas sabia. Esto es valiosísimo.

Si por ejemplo, se nos pide que demos consejo sobre un problema y que tomemos una decisión, no demos inmediatamente nuestra contestación. Deberíamos tener la paciencia de visualizar las diferentes posibilidades, sin formar ninguna conclusión definitiva y dejar entonces que tranquilamente esas posibilidades hagan su trabajo dentro de nosotros. Incluso el refrán popular dice que antes de tomar una decisión, debe consultarse con la almohada.

Cierto es que no basta con esa mera "consulta" con la almohada. Es necesario tomar en consideración dos o mejor aún, varias posibilidades para que sigan obrando dentro de nosotros mientras el Yo no se está ocupando conscientemente de ellas. Más tarde, cuando volvamos a retomar el asunto, descubriremos que ciertas fuerzas del pensar se han estado moviendo en nuestro interior y que nuestro pensar se ha vuelto más fáctico y práctico.

El hombre podrá siempre encontrar todo cuanto busque en el mundo, ya sea que trabaje con el torno o con el arado, o que pertenezca a las llamadas clases privilegiadas. Si practica estas reglas, será un pensador práctico hasta en lo más común de la vida cotidiana. Ejercitándose así, acomete y considera las cosas de un modo distinto, pues los ejercicios, por íntimos que parezcan en un principio, sirven precisamente para el mundo exterior; llevan implícita la máxima significación precisamente para este mundo; tendrán consecuencias decisivas.

Les mostraré con un ejemplo cuán necesario es aplicar a las cosas un pensar verdaderamente práctico. Alguien trepó a un árbol, desde ahí se cayó al suelo y quedó muerto. Ahora bien, es fácil pensar que murió por la caída. Se dirá que la caída fue la causa, y la muerte el efecto. Así parece que existe una relación entre causa y efecto. Sin embargo, aquí pueden ocurrir confusiones espantosas. Puede que aquel sufriera allá arriba una apoplejía y que se cayera como consecuencia de ella. El resultado final es absolutamente idéntico que si hubiera caído vivo; pasó por el mismo proceso que realmente hubiera podido ser la causa de su muerte. Así, es posible que la causa y el efecto se confundan radicalmente. Aquí se trata de un ejemplo evidente, pero muy a menudo hay casos donde es menos palpable en qué se ha errado. Tales errores del pensar se dan con enorme frecuencia, e incluso tenemos que decir que en la ciencia moderna, día a día, se establecen juicios que efectivamente confunden la causa y el efecto tal como se ha descrito. Sin embargo, la mayoría de la gente no se da cuenta de esto porque no conocen las posibilidades del pensar.

Para ilustrar cómo se generan tales errores del pensar, quisiera dar otro ejemplo que muestre a la vez, que una persona que haya practicado los ejercicios aquí descritos ya no podrá incurrir en tales errores. Supongamos que alguien llega a la conclusión de que el hombre actual descende del mono; en otras palabras, lo que conozco del mono, sus facultades, se perfeccionan, y dan por resultado el hombre. Para poder apreciar el significado de semejante modo de pensar, partamos de la siguiente premisa: imaginémosnos que esa persona es el único hombre sobre la Tierra y que además de él están los monos, que de acuerdo a su teoría pueden evolucionar hasta seres humanos. Esa persona se pone a estudiar esos

monos con la máxima atención, hasta en sus mínimos detalles y se acaba formando un concepto de lo que vive en esos monos. Excluyéndole a él y sin haber visto nunca a otro ser humano, pidámosle que intente desarrollar el concepto ‘hombre’ únicamente a partir del concepto ‘mono’. Le va a ser imposible. Su concepto ‘mono’ nunca se transformará en concepto ‘hombre’.

Si hubiera cultivado hábitos correctos de pensar, esa persona se habría dicho a sí misma: “mi concepto de mono no se transforma en el concepto de hombre. Lo que percibo en el mono, por tanto, no puede nunca convertirse en un ser humano; de otra forma, mi concepto tendría que cambiarse. Debe haber algo mas que no soy capaz de percibir”. Por tanto, esa persona tendría que imaginarse una entidad invisible (suprasensible) detrás del mono físico, que no puede percibir pero que sería la única capaz de hacer posible la transformación de un mono en un hombre.

No vamos a entrar a discutir la imposibilidad de que eso ocurra, sino que sencillamente queremos resaltar el pensar incorrecto que subyace esa teoría. Si esa persona hubiera pensado correctamente, habría visto que no podía concebir dicha teoría sin asumir la existencia de algo suprasensible. Si investigáis descubriréis que un alarmante gran número de gentes ha cometido este error de pensamiento. Sin embargo, este tipo de errores ya no le ocurrirán a los que hayan entrenado su pensar del modo que he descrito.

Para quien sepa pensar correctamente, gran parte de nuestra literatura contemporánea, sobre todo la que entra en el dominio de las ciencias naturales, será fuente de efectos que incluyen incluso dolor físico al leerla por sus pensamientos torcidos y absurdos. Con ello, no criticamos en absoluto el inmenso tesoro de observaciones conquistados por estas ciencias naturales y sus métodos objetivos de investigación.

Pasemos ahora a tratar un capítulo que se relaciona con la “miopía” del pensar. La mayoría de la gente no es consciente de que su pensar no es fáctico en absoluto, sino que es en su mayor parte el resultado de hábitos de pensar. Por tanto, las decisiones y conclusiones de una persona que penetra con su pensar en el mundo y en la vida, serán muy distintas de aquellos cuya capacidad de pensar es limitada o nula. Consideremos el caso de un pensador materialista. Para convencer a dicha persona mediante el razonamiento, por lógico, sólido y profundo que dicho razonamiento sea, no es tarea fácil. Normalmente es un esfuerzo baldío intentar convencer mediante la razón, a alguien que tenga poco conocimiento de la vida. Dicha persona no ve las razones que hacen válido un argumento; ha adquirido el hábito de no ver otra cosa que no sea materia en todo lo que le rodea y simplemente se mantiene en ese hábito de pensar.

En general, hoy día la gente se deja llevar a hacer afirmaciones, no por razones, sino por los hábitos de pensar adquiridos que, invisibles tras ellas, determinan todo su sentir y parecer. Cuando aparenta aducir razones, en realidad sólo la máscara del pensar habitual., que oculta sus sentimientos y sensaciones.

A menudo, no sólo es el deseo el padre del pensamiento, sino que todos nuestros sentimientos y hábitos mentales son los padres del pensamiento. El que conoce la vida, sabe cuán poca probabilidad existe para convencer a alguien con razones lógicas. Lo que convence yace mucho mas profundo en el alma humana.

Existen, pues, buenas razones para la existencia del Movimiento Antroposófico y para las actividades en sus distintas ramas. Todo el que ha participado en el trabajo del Movimiento durante algún tiempo, llega a notar que ha adquirido una nueva forma de pensar y sentir. El trabajo en las distintas ramas no está limitado a encontrar razones lógicas para las cosas; una nueva y abarcante cualidad de sentimientos y sensaciones también se desarrolla.

Cuanta gente se burlaba hace unos años cuando oían su primera conferencia sobre ciencia espiritual. Sin embargo hoy cuantas cosas se han hecho auto-evidentes a esa misma gente que antes lo consideraba cosas absurdas e imposibles. Al trabajar en el Movimiento Antroposófico, uno no solo aprender a modificar su pensar, sino a desplegar una perspectiva mas amplia de la vida del alma.

Advirtamos que la matización de nuestros pensamientos surge de regiones mucho más profundas

de lo que comúnmente se supone: son nuestros sentimientos los que nos impulsan a tener ciertas opiniones. Las razones lógicas son, a menudo, mera envoltura, una máscara que oculta nuestros mas profundos sentimientos y hábitos del pensar.

Para situarnos en una posición en la que las razones lógicas por sí mismas tengan una significación real para nosotros, tenemos que haber aprendido a amar la lógica misma. Solo cuando hemos aprendido a amar la verdad de los hechos y la objetividad, la razón lógica será decisiva para nosotros. Debemos aprender gradualmente a pensar con objetividad y no permitirnos ser arrastrados por la preferencia por este o aquel pensamiento. Solo entonces se expandirá nuestra visión en el sentido que no seguiremos simplemente las rodadas mentales de otros, sino que lo haremos de forma que la realidad de las cosas mismas nos enseñe a pensar correctamente.

La verdadera practicidad es el fruto del pensar objetivo, es decir de aquel pensar que fluye desde las cosas hacia nuestro interior. Sólo practicando tales ejercicios como se han descrito, aprenderemos a extraer de las cosas nuestros pensamientos. Para hacer los ejercicios correctamente, hemos de elegir trabajar con temas sólidos y definidos que estén afectados al mínimo por nuestra cultura: son los objetos de la naturaleza.

El ejercitarnos con los objetos de la naturaleza tal como aquí lo hemos descrito, nos transforma en pensadores realmente prácticos. Una vez que nos hayamos entrenado en el uso práctico de este principio fundamental (nuestro pensar), seremos capaces de manejar la mayor parte de nuestras ocupaciones cotidianas de forma práctica. Al entrenar el alma humana de esta manera, se desarrolla en nuestro pensar un punto de vista práctico.

El fruto del Movimiento Antroposófico debe ser el situar a pensadores prácticos en la vida. No importa tanto que el hombre tenga por cierto esto o aquello, sino que llegue a una visión plena de las cosas. El que la Ciencia Espiritual penetre en nuestras almas estimulándonos a una actividad anímica interna y expandir nuestra visión, es mucho mas importante que el estar meramente teorizando sobre lo que hay mas allá de las cosas y los sentidos, en el mundo espiritual. En este aspecto, La Antroposofía es realmente muy práctica.